Lúa y Spot

Érase una vez…

En un bosque muy lejano, iban dos mofetas corriendo y riendo muy felices. Se encontraron con muchos animales pero ningún animal quería acercarse a ellas porque olían muy mal. Lúa y Spot, que así se llamaban las protagonistas, se encontraron con un río con mucha corriente así que decidieron volcar un árbol que tenían cerca para poder cruzar.

Mientras ellas volcaban el árbol se encontraron con dos ardillas: Lola y Lara, que les daban muchísimo asco estos zorrillos, entonces mientras cruzaban la corriente, las ardillas que también estaban intentando cruzar, perdieron el equilibrio porque no las querían ni rozar, de la aprensión que les tenían, por lo que se cayeron al agua.

El río llevaba mucho caudal y una corriente que daba miedo hasta de mirarla cuando cayeron las ardillas a Lola se le rompió una pata y la fuerza de las corrientes las arrastraban sin contemplación. Lúa y Spot por un momento no supieron reaccionar, pero enseguida corrieron a ayudarles:

-Lúa: ¡no os preocupéis que ahora mismo os sacamos!
-Lola: no, gracias ya salimos nosotras. *(dice Lola con cara de asco)*

Las ardillas estaban súper asustadas, a Lola se le había roto la pata y Lara le había dado un ataque de nervios, y la corriente era implacable y las arrastraban con mucha fuerza.

Las mofetas no paraban de insistir para ayudarlas, pero ellas seguían sin querer que estos animales apestosos les ayudaran. Pero viendo el gran peligro que corrían les suplicaron su auxilio. Lúa enseguida hizo una cuerda con una liana que tenía a mano y Spot inventó un enganche muy raro para poder sacarlas mejor. Lola se agarró al enganche y Lara le agarró de la pata; arrastrando y arrastrando consiguieron sacarlas vivas aunque con la otra pata rota.

Nada más sacarlas, las mofetas hicieron todo lo posible para intentar curarles la pata.

Después de unos días las ardillas reflexionaron y se dieron cuenta de que aunque huelan mal o sean feos, o grandes siempre te podrán ayudar en algo.

Entonces las protagonistas al oír todo lo que estaban diciendo se pusieron a llorar, y les perdonaron porque además prometieron no burlarse de ellas más. Todos los días siguientes las ardillas jugaban con las mofetas. Las mofetas estaban súper contentas de tener tantos amigos y de que nadie se burlara de ellas y como estaban tan nerviosas sin querer se les escapó un “pedín” y todos los animales en vez de apartarse de ellas se echaron a reír como nunca habían reído. Y todos dijeron que no se reían de ellas si no con ellas porque eran súper divertidas. Y desde entonces las mofetas nunca volvieron a ser criticadas ni apartadas de otros animales.

Zaira Esteve Ortega,
5C de Educación Primaria